

## EN LAS RAÍCES DE EUROPA: SAN GREGORIO MAGNO. PERFILES DE SU PERSONA

### INTRODUCCIÓN

El presente año conmemora el XIV centenario del fallecimiento de san Gregorio Magno, aquel Papa cuya obra y enseñanzas traspasaron las fronteras de sus días e influyeron fuertemente en el desarrollo posterior de la Iglesia y de Europa. Nuestra gratitud se une a cuantos recuerdos le dedican el mundo cristiano y la cultura. En los últimos tiempos, se han venido produciendo bosquejos literarios sobre esta magnífica personalidad: equilibrada, práctica, activa, organizadora, menesterosa, doliente, mística, moral, pastoral, litúrgica... Suelen resaltar su dependencia ideológica de los predecesores, en especial, de san Agustín de Hipona. De ello resulta que, aunque siempre se le vea, ciertamente, en un primer plano entre los grandes hitos de la antigüedad cristiana, aparezca rebajado un tanto en el pensamiento y en la dicción. No fue así en los siglos que siguieron a su muerte. Persona y enseñanzas fueron vistas en conjunto como las de un astro luminoso. Se le veneraba como una manifestación prolongada del Espíritu, el cual hablaba por su boca. Por eso le aclamaron como “voz del Espíritu” y superior a cuantos le habían precedido<sup>1</sup>. Sus obras ya se habían difundido antes de morir e incluso antes de que él pudiera corregirlas personalmente. “Ni en su tiempo ni en el pasado hubo otro igual”, manifestaba su contemporáneo san Isidoro de Sevilla en *De viris illustribus*; y san Ildefonso le situaba más elevado en santidad que el anacoreta Antonio, en elocuencia que Cipriano y en sabiduría que el mismo Agustín. Su vida y en particular sus obras escritas ejercieron un influjo excepcional en

<sup>1</sup> Cf. Honorius Augustodunensis, *De scriptoribus ecclesiasticis*, III, c. 32: PL 172, col 227.

la modelación sociológica y moral de la Europa cristiana y en el diseño de pastor de almas, teórico y práctico, de todos los tiempos<sup>2</sup>.

Muchas circunstancias concurrieron en la formación de aquella polifacética personalidad, sin que acertemos a señalar cuál de ellas en mayor medida. Evidentemente, como en todo ser humano, influyeron el lugar y tiempo, los caracteres genéticos, el hogar, los estudios; un cúmulo de eventos particulares que entonces concurrieron, como las invasiones germánicas, las convulsiones del Imperio bizantino, las catástrofes naturales... Pero se vio marcado en especial por la ascendencia familiar, prolongada cadena de gobernantes cristianos; los oficios como el de guardia urbano, diplomático, cuidador de los pobres; la vivencia monacal, etc., etc. Hay que subrayar finalmente que la enfermedad le acompañó durante varios años, con dolores que fueron creciendo hasta tenerlo postrado en los últimos. Vamos a tender brevemente la mirada por algunos de estos componentes.

### *1. La visión de una Roma de magnificencia en ruinas*

Nació y vivió Gregorio rodeado de los majestuosos recuerdos de la Roma Imperial. Caminaba, saltaba y jugaba en su niñez y juventud por medio de monumentos de las famosas vías y plazas, ya inservibles, medio arruinados. Se llegaría a familiarizar con el sombrío panorama y aceptaría resignado la realidad. Frente a su casa se divisaba el imponente Septifonium, obra de Severo, del que partían las vías Ostiense y Apia; a la espalda, la colina del Palatino con la morada de los césares, el Circo Máximo, en el que el joven Gregorio presenciaría los últimos juegos circenses con que el feroz Totila (m. en 553) obsequió a los romanos en su despedida, y más adelante, las Termas de Caracalla; a la derecha, el arco de Constantino, el Coliseo, los Foros; al final, la mole ingente del anfiteatro Flavio. Sin embargo, también, frente a sus ventanas, veía la basílica de San Juan de Letrán y el Palacio de los Papas y, en el mismo monte Celio, en que habitaba, una de las mejores iglesias de Roma, la de Stefano Rotondo; mirando hacia Oriente, la célebre basílica de San Clemente y, a unos pasos de su casa, la iglesia de los santos Juan y

<sup>2</sup> Cf. PL 83, 1102; 92, 304; 96, 198; Andrés, M., *Obras de San Gregorio Magno*, BAC 170, Madrid 1958, *Introducción*, 50. Este libro incluye *Regla Pastoral* y *Homilías*. Con frecuencia me ayudará la traducción castellana que hizo Paulino Gallardo.

Pablo e inmediato a ella, un monasterio de monjes que buscaban a Dios en la soledad<sup>3</sup>.

Las invasiones germánicas, las espantosas catástrofes ocurridas y su propia enfermedad llegaron a hacer que en su corazón anidase el pensamiento del final del mundo y la esperanza en la ultratumba. Creció en el desengaño de la gloria y del poder humano, en el desapego de lo temporal y asimiento a lo perenne. Cuando era niño, todavía resonaban por las vías romanas las aclamaciones triunfales al imperial Belisario y al ostrogodo Totila. La escena del último, prostrado a los pies de san Benito, se le quedó grabada como símbolo de una esperanza, de una fuerza espiritual que se proyectaba sobre los nuevos pueblos, conforme él mismo da a entender en su libro de los *Diálogos*. Debido a ello, en su incipiente madurez, dejó sus altos cargos y se entregó a la soledad del monasterio, a la "sabia insipiencia" del monje, amansadora de la fiereza humana.

## 2. Estudios esmerados

Gregorio fue un hombre de letras, *homo litteratus*, de una educación excepcional para su tiempo. Poseía un lenguaje correcto, afable, cercano al de la conversación, de cierta elegancia y cadencia musical y con un toque típicamente romano. Siguiendo una tradición familiar, cursó los estudios de Derecho, especialidad que, en los años del emperador Justiniano (m. en 565), jurista por excelencia, había adquirido una preponderancia extraordinaria. Andando el tiempo, junto con el diácono Pedro, el interlocutor de los *Diálogos*, dedicaría su esfuerzo al conocimiento de la Sagrada Escritura, los Concilios y la Tradición de la Iglesia, época aquella que resultaría crucial para comprender el valor de los cauces en la transmisión de la fe y para fijarlos. Asimismo, llegó a dominar los tratados occidentales y orientales de la ascética del monacato.

Le gustaba pregonar que el mundo se había rendido a la palabra de unos hombres iletrados, a quienes Jesucristo había elegido, formado y enviado por el mundo y por cuya palabra se había manifestado el poder de Dios<sup>4</sup>. Al rey Etelberto de Inglaterra, recién convertido y bautizado, le invitaba a seguir las indicaciones de Agustín, el monje que presidió la misión de los anglos, porque Dios habla por él y es

3 Cf. Grissar, *San Gregorio Magno*, Roma 1904, 7s. In *Evangelium (In Ev.)* II, 18, 16.

4 Cf. *Registrum Epistolarum* (en AWALD-HARTMANN, MGH) XI, 6.

“docto en la regla del monasterio y lleno de la ciencia de la Sagrada Escritura”<sup>5</sup>. Es evidente que tanto Gregorio como Agustín dedicaron buena parte de sus estudios a la Biblia, a la vida monacal y, el primero también, anteriormente, a las Letras (Gramática y Retórica) y al Derecho.

Han sido muy criticadas ciertas expresiones gregorianas acerca de la elocución cristiana. Confiaba más en la fuerza del Espíritu que en la retórica y filosofía. Aspiraba a que el locutor llegara primero a un conocimiento sapiencial de lo revelado, transformándolo en su interior en palabra, siempre a la escucha del Espíritu. Tal vez por haber acentuado el conocimiento sapiencial y por haber intentado abundar en las confidencias que san Pablo hace en *I Cor I, 18 y 2, 6*, cuando compara sabiduría divina y sabiduría humana, Gregorio llegó en ocasiones a postergar el valor de la segunda, afirmando que él no sometía la palabra de Dios a las reglas de Donato. “La conciencia enamorada de Dios edifica más que el arte de hablar”<sup>6</sup>. Le gustaba reflexionar sobre la gesta de los Apóstoles, que no asistieron a escuelas, y recordar al gran san Benito, que habiendo llegado a domar la soberbia de Totila, se marchó de este mundo “escientemente necio y sabiamente indocto”. Pese a la frase un tanto literaria, lo cierto es que san Benito había permanecido en Roma un tiempo cursando estudios de Retórica y Filosofía. En realidad, Gregorio, igual que la carta paulina, comparaba sabiduría divina y humana, las “letras espirituales y letras del siglo”, y, como consecuencia, las segundas quedaban mal paradas. Acentuaba la superioridad de la divina; pero, en cuanto tratadista de lo religioso, no entraba en consideración sobre el valor autónomo, en sí y por sí, de la ciencia humana. Cuando se enteró de que un obispo francés, Desiderio de Vienne, empleaba el tiempo en dar clases de gramática, le envió unas letras de reprensión para convencerle de que todo un obispo debe dedicarse a cosas más altas y no a tales “bagatelas”. Le reprochaba la mezcla que hacía en un mismo lenguaje de alabanzas a Cristo y a Júpiter y contribuir así, de modo inconsciente, a un posible retorno a los ídolos. Pero hay que decir, en descargo de san Gregorio y contra los denuestos históricos que han llovido sobre él, que no menospreciaba ni el “arte de hablar”, ni las letras clásicas, a no ser que, por ellas, sobreviniera accidentalmente peligro para la fe. En otras ocasiones, sin embargo, veía los estudios del siglo como en una llanura, para ascender desde ella a lo divino.

5 *Reg.* XI, 37.

6 *In Ezequielem (In Ez.)* I, X, 13.

En esta nueva perspectiva, consideraría sin duda las reglas de Donato como una ayuda<sup>7</sup>. En el lenguaje gregoriano, ciertamente, no se advierten “cañas” o “follaje”; y también es verdad que, de hecho, cuando confeccionaba sus obras para editarlas, las daba a revisar primero a personas competentes, elegía el léxico apropiado y lo empleaba con propiedad, hasta con cierta elegancia, y se esmeraba en organizar la materia conforme a las normas de la Retórica<sup>8</sup>.

Hay que reconocer en él al hombre providencial para gobernar aquella Iglesia. Poseyó suficientes cualidades, incluso literarias, las apropiadas para su sociedad, más preocupada por sobrevivir a las guerras, epidemias y hambres que por la cultura. Quiso comunicarse con los hombres de su tiempo al estilo de Jesús, con llaneza, sencillez y autoridad. Transmitía a su pluma luminosidad y candor, de modo espontáneo, no estudiado; y al mismo tiempo, la firmeza de su convicción. En la autoridad del ministro y la firmeza de la palabra, veía el signo o instrumento apto para la actuación del Espíritu.

Su libro de referencia era la Biblia y conocía perfectamente los credos en que los concilios han marcado la fe; pero también había asimilado la alta teología agustiniana. En él había desembocado la larga experiencia de la Iglesia, racional, política, surgida desde el principio en medio de diatribas y luchas. En su mensaje, pretería las desviaciones erróneas de los herejes, que iban no sólo contra la fe sino también contra la sensatez filosófica. Había estudiado, además de Agustín, a Cipriano, Ambrosio, Jerónimo, Hilario, Casiano, Benito, al papa san León Magno, etc., e intentaba transformarlo todo en pastoral. Lo clásico no encontraba lugar ni en su tiempo ni en su persona. Reflexionaba, asimilaba y convertía los contenidos teológicos en comida espiritual asequible. Los amasaba o adobaba con sus observaciones de vida cotidiana. Construía ejemplos y bellísimas imágenes, tomados de la experiencia, con los que, como buen catequista, quería colgar las ideas en la memoria<sup>9</sup>. Seleccionaba los términos, el ropaje externo de los significantes, el que sirve mejor para

7 Cf. Hernando Pérez, J., “Letras espirituales y letras del siglo según San Gregorio Magno”, en *Mysterium et Ministerium. Miscelánea en honor del profesor Ignacio Oñatibia Audeba*, Vitoria 1993, 393-410.

8 Cf. Recchia, V., *Le Omelie di Gregorio Magno su Ezechiele*, en “Benedictina”, 17, 1970, 161-201. Cuando le presentaron las redacciones que había realizado Claudio, antiguo oyente, parece ser que no se sintió satisfecho: “Inveni dictorum meorum sensum valde inutilius fuisse permutatum”, si bien no falta quien haciendo una lectura en alabanza del redactor, en vez de *inutilius*, lee *in utilius*: ver *Registrum* XII, 6.

9 Cf. Penco, G., *Gregorio e la teologia dell' immagine*, en “Benedictina”, 18, 1971, 32-45.

vestir y hacer operante el mensaje según las distintas situaciones y circunstancias del oyente. A veces dejaba traslucir cierta ironía jovial, humor y sonrisa. Los biógrafos suelen añadir aquí que el mar gregoriano de imágenes literarias ha nutrido las artes figurativas y la literatura con una multitud de recursos (tales como el mundo dantesco, los frescos, lienzos y miniaturas).

Predomina en él más lo enunciativo o expositivo que lo emocional. Normalmente, se dirigía a la razón, al entendimiento; aunque hay espacios en homilías y cartas dedicados a suscitar los afectos. Con ello comienza la vía que abre una puerta a la Edad Media. Al revalorizar lo psicológico, recorre el camino que va, en ambas direcciones, de lo interior a lo exterior, armonizando siempre los extremos. La *Regla Pastoral* es un compendio de orientaciones prácticas acerca del trato que el pastor debe dar teniendo en cuenta los diversos oficios, situaciones, caracteres, estados de ánimo del hombre, etc. Finura psicológica que se funda más en la sensatez y observación de la persona que en los estudios<sup>10</sup>.

### 3. *Guardia urbano*

Desempeñó el cargo de pretor de Roma y, a los treinta años, Justino II le nombró precepto, puesto en el que permaneció otros tres. San Gregorio de Tours le recuerda vestido de un manto o tra-bea de seda color púrpura con perlas y brillantes. Desfilaba en cuadrillas por las vías romanas flanqueado de policías, porque él estaba al frente de todos los representantes del orden y además era juez en lo criminal. Debía colaborar en la defensa de la Urbe si era atacada. De este modo, de él dependían también las autoridades y el senado, a cuya aristocracia perteneció, lo mismo que sus antepasados. Al terminar su mandato sólo rendía cuentas ante el exarca de Rávena, representante del emperador bizantino.

Estos oficios van a determinar en parte su actividad posterior de "guardián" de la Iglesia. Aprendió a exigir y a transigir, a convivir con los ciudadanos, los pillastres y menesterosos, y atenderlos en sus necesidades más urgentes. Por ello será después un cuidadoso organizador, atento y vigilante ante los eventos que vayan surgiendo, especialmente ante las desviaciones en la fe y las conductas.

10 Ver art. *El arte de "gobernar" las almas según san Gregorio Magno*, "Teología del Sacerdocio", 3 (1971), 45-76.

Enseñará a las gentes en sus homilias que a los sacerdotes de orden inferior se les puede comparar con los guardianes de la ciudad (como los policías municipales), dedicados a descubrir y eliminar los pecados, la delincuencia. El número de sacerdotes era entonces grande, pero no excesivo, puesto que, según costumbre generalizada, había necesidad de llamar en los monasterios a las personas aptas<sup>11</sup>. Los llamados no se podían negar; se harían culpables de tantos crímenes cuantos pudieran haber evitado<sup>12</sup>. El fuerte atractivo que ejercía la personalidad de Gregorio siendo Papa mantuvo unidas todas las iglesias, a las que ya en su tiempo amenazaban grandes peligros de rotura. Con él, el hemisferio eclesial siguió mirando al viejo centro que antes había sido la Roma imperial y ahora es la morada del sucesor de Pedro.

Con las autoridades civiles se mostraba diplomático. Aceptaba la realidad e intentaba mejorarla. A los nuevos reinos o ducados de Europa intentó hacerles comprender que el orden viene de la disciplina y ésta, de la justicia y moral. Alababa, pero no se retiraba sin decir cuanto tenía que decir. "No duda ante todo de manifestar su autoridad, sin preocuparse de hacerse perdonar después de asestar el golpe, excusando sus intervenciones un tanto rudas por el deber de una caridad bien entendida"<sup>13</sup>. No callaba la verdad ni omitía en lo posible la acción: cuando tenía que decirlo, la decía; cuando tenía que actuar con firmeza, actuaba. Aún hoy encontramos doctrinas y decisiones, que, pese a estar alejadas de nuestra mentalidad, no dejan de resultarnos familiares. Pero entendemos que él dice la verdad y la cumple. Sin embargo, también desvelamos otra faceta que le caracterizaba, la medida y la moderación, el no enconar más la herida, el alabar ante los continentes el matrimonio, pero sin que se sientan tentados a bajar de la altura; alabar la continencia a los casados, pero de modo que no sufra detrimento su amor matrimonial. Los predicadores deben enseñar la Sagrada Escritura, en cuanto a modo y cantidad, sin provocar escándalos y conforme a la capacidad de asimilación de los oyentes; el gobernante debe armonizar en su actuación el poder y la compasión, hacer lo que se pueda y tolerar lo que no se pueda, etc., etc.

En el cúmulo de cartas que se han conservado, muchas de ellas confidenciales, se descubren combinadas la bondad del alma y la

11 Cf. *In Ez.* II, X, 12-14; *In Ev.* I, 17, 3.

12 Cf. *Regla Pastoral (RP)*, I, V, 7.

13 Flicher-Martin, *Historia de la Iglesia*, V, "El Nacimiento de Europa", Valencia 19741, 25.

astucia del gobernante. Se sometió a la autoridad imperial en lo humano, pero exigió, en cuanto pudo, que ella acatase sus decisiones en lo espiritual. Reclamaba la fuerza del emperador para defender Roma, mantener la unidad eclesial, poner orden en la vida de algunos clérigos, perseguir a los delincuentes, buscar y conservar la paz, etc. Antecesores de su familia habían ocupado asimismo puestos de responsabilidad al frente de la administración romana. Fueron gobernadores y magistrados. No extraña que Gregorio se convirtiera en hombre práctico cuando aplicaba la reflexión teológica a la pastoral; cuando la concretaba en normas morales, detallando vicios y virtudes; cuando recurría a ejemplos de la vida cotidiana para fijar la mente del oyente, ilustrando con ellos la catequesis de modo agradable, y cuando, viéndose obligado a asumir la defensa de la Roma, abandonada a su suerte, transmitía estrategias militares a los soldados contra los atacantes lombardos.

Su noble familia era llamada *gens anitia*. Había dado un Papa a la Iglesia: Félix II (483-492), tatarabuelo de Gregorio. Disfrutó de las dotes de gobierno casi por naturaleza y del don de la fe cristiana. Como se suele decir, llevaba en su sangre el sentido de Estado. Participaba de la firmeza en el respeto a las leyes y a la integridad del gobernante y los gobernados. Poseyó capacidad organizativa, el genio de la concreción, la medida y el equilibrio, en una palabra, el deber del funcionario responsable.

Algunos biógrafos han querido percibir también una manera de ser y actuar especial, que da la romanidad. Se le suele considerar como el último de los grandes romanos, de los Santos Padres y escritores cristianos junto con san Isidoro; pero podemos añadir que fue al mismo tiempo la puerta de una época histórica, la medieval. Acostumbrado a vivir en medio de la pobreza y las ruinas de Roma, no obstante aquella aparatosidad residual, se entregó a su trabajo con la paz que resulta del cumplimiento del deber. Vería las partes de Europa, algunas gobernadas por los nuevos jefes, las de África y Asia, como restos del viejo Imperio, que la Iglesia debería intentar recomponer en la unidad de la religión y la cultura. Su sentida responsabilidad le hizo tener temple para sobreponerse a las invasiones armadas, a las rudezas de los pueblos conquistadores, a los dolores de su propia enfermedad y a las enormes catástrofes que acaecieron, según veremos en seguida.

Suele señalarse el año 540 como el de nacimiento. Juan Diácono, monje de Monte Casino del siglo IX, ha transmitido alguno de los rasgos fisonómicos según le había inspirado una pintura del monasterio de Monte Celio, al parecer hecha en vida de Gregorio.



Él y los monjes, para cuya edificación había sido grabada, la contemplaron a diario durante varios siglos. Era de estatura y grosor medios: sus facciones eran normales en conjunto. Poseía un semblante noble y dulce, la frente hermosa, la cara un poco redondeada con una barba corta y oscura y el cutis un tanto curtido. Al estilo monacal, en recuerdo de la de Jesucristo, una corona de cabellos grisáceos rodeaba su cabeza tonsurada y, por el medio de su amplia frente, caían dos mechones, símbolo sin duda de los dos preceptos de la caridad, con tanto mimo comentados por él. La nariz era un poco más ancha en el fondo. Los labios, rosados y sueltos, tiraban a gruesos, las mandíbulas algo salientes y los ojos, no grandes, de un color un poco verdoso amarillento, se abrían bajo unas cejas estilizadas y largas. Sus manos eran finas con dedos alargados. El retrato respiraba serenidad y la dulzura de un padre<sup>14</sup>.

Los progenitores se llamaron Gordiano y Silvia. Al final de sus días, el padre sirvió a la Iglesia como regionario y la madre, de viuda, hizo vida retirada en el Aventino. Las fuentes aluden también a un hermano<sup>15</sup> y tres hermanas del padre, religiosas, Társila, Gordiana y Emiliana. Igual que la madre, dos son honradas como santas; pero Gordiana, al morir la menor, hizo una vida disoluta y terminó dejando el convento para unirse al rentero de sus campos. Del hecho guardó siempre la familia un triste recuerdo<sup>16</sup>.

No pocos de los amigos que conocemos eran de los que le acompañaron en el monasterio de San Andrés o en el retiro doméstico de Constantinopla cuando representó al Papa ante el Emperador. Entre ellos, se encontraba san Leandro, que sería arzobispo de Sevilla, cuya imagen era la que más grabada conservaba en su interior<sup>17</sup>. Éste le pidió que escribiera el libro de los *Morales*, y el Papa elaboró la obra durante los años de pontificado y terminó en 595. Eran charlas que había dirigido a los monjes. Se lo dedicó y le citó en la introducción. También le regaló la *Regla Pastoral* con una carta introductoria<sup>18</sup>. Tenía otros amigos como Maximiano, obispo de Siracusa, y Mariniano, de Rávena; Eulogio, patriarca de Alejandría; el diácono Pedro, rector del patrimonio en Sicilia, después en Campania, e interlocutor de los *Diálogos*. Otros pertenecían a su entorno

14 Tomado de Hedley, J. C., *Lex Levitarum. La formation sacerdotale d'après Saint Grégoire le Grand*, Paris, 1928, 4s. Cf. Dal Pozzo, F., *Storia della vita e del Pontificato di S. Gregorio Magno*, Roma 1758, p. 2.

15 Cf. *Reg.* I, 44; 9, 102; 9, 98; 10,1; 10,51; 14, 2.

16 Cf. *In Ev.* II, XVIII, 15.

17 Cf. *Reg.* I, 31.

18 Cf. *Reg.* V, 53<sup>a</sup>.

social y familiar como Rusticiana, nepote de Boecio, emigrada a Constantinopla con los suyos. Gregorio se mostraba afectuoso con todos, les hablaba de sus dolores e inquietudes, pues los numerosos asuntos temporales le quitaban tiempo para orar. También lo fueron Teodoro, el médico de la corte imperial, y el monje Claudio, que llegó a ser abad de un convento en Classe, a cinco kilómetros de Rávena. Éste tomó apuntes de las lecciones que Gregorio explicaba y con ellos confeccionó algunos libros, el *Comentario al I Libro de los Reyes*, al *Cantar de los Cantares*, el de los *Proverbios*, de los *Profetas*, etc.<sup>19</sup>.

#### 4. Monje y diácono regionario

Gregorio fue el primer Papa salido del monasterio. Dejó sus altos cargos y se ajustó lleno de venturanza a la soledad del claustro. Esta vocación en aquellos tiempos estaba de moda y era muy apetecida. Los monasterios rebosaban. Atraían a las gentes hacia los campos, a veces inhóspitos, y las instruían y cristianizaban. A ellos se llamaba para sacar clérigos formados, responsables y firmes en la fe y en la piedad. Hay que notar en este momento que la Iglesia, en aquellos primeros siglos, fue poniendo para sí misma y, por medio de ella, también para Europa, como cimiento, el carisma del trabajo manual, el estudio y la oración, “el amor a las letras y el deseo de Dios”.

Cuenta Gregorio que le costó decidirse, porque sus muchas ocupaciones se lo impedían: “Diferí largo tiempo la gracia”<sup>20</sup>. Marchó al lugar denominado Cella Nova en el Aventino y, al morir el padre, convirtió en convento su palacio Clivus Scauri del Celio, herencia de familia, dedicándolo al apóstol San Andrés. (Ahora lo ocupa el monasterio de San Saba, con el nombre de Iglesia de San Gregorio.) Con el peculio familiar fundó y dotó otros seis monasterios en Sicilia y distribuyó una buena parte a los pobres.

El papa Benedicto I (574-578) se fijó en él para ponerlo al frente de la administración en una de las siete diaconías romanas. Cuenta que obedecer le costó lágrimas<sup>21</sup>. Sin embargo, no podía ser de otra manera en aquella situación calamitosa: la persona más cuidada y de mayor experiencia tuvo que ocuparse de organizar la supervivencia de las masas hambrientas y enfermas. Gregorio era quien

19 Cf. *Reg.* XII, 6.

20 *Moralia* (o *Comentario al libro de Job*), *Prólogo*: PL 75, 509.

21 *Reg.* V, 53.

mejor conocía por dentro la ciudad y el más eficaz, para dedicarse al socorro de los necesitados. Fue nombrado diácono regionario en una de las siete circunscripciones dedicadas a socorrer a aquella riada de menesterosos deambulantes que desembocaba en Roma cada día a causa del hambre, las catástrofes naturales, los contagios malignos, los acosos y desastrosas secuelas de las guerras.

El contacto con los menesterosos fue como un entrenamiento para el pontificado. Le marcó de tal modo que gran parte de sus desvelos fueron después dirigidos hacia ellos. Fue sacado del convento, pero siempre suspiró por la vida monacal. Hubiera preferido permanecer; si bien, según parece, en esta ocasión, el retiro sólo duró alrededor de cuatro años. Se sometió a la dirección de Valencio, habiendo declinado el nombramiento de abad. Se había convencido de que la entrega total a la oración y la apertura a los hermanos los monjes, a los que comentaba el *Libro de Job*, iban a ser definitivas. Hay que adelantar que, tras su paso por la nunciatura, volvió al monasterio por segunda vez, como se verá en seguida. Se adivina a través de sus escritos que se encontraba feliz en San Andrés. Relata que allí podía mantenerse continuamente unido a Dios por medio de la compunción y la contemplación. "Podía guardar mi lengua de conversaciones ociosas y estar dedicado a la oración casi de continuo"<sup>22</sup>. "Me esforzaba -dice-, en ver espiritualmente los gozos eternos"<sup>23</sup>. Allí fraguó la idea de la necesidad de contemplar los misterios, imprescindible, dirá constantemente, también para aquellos cuya principal dedicación se desarrolla en el siglo y, muy en particular para los ministros de la palabra, porque han de almacenar, amasar y encender en la contemplación el discurso que después vertirán a los fieles como dardos encendidos en el nombre de Jesucristo<sup>24</sup>.

Contaba a su amigo y confidente Eulogio, el patriarca de Alejandría, que, además de los dolores de la enfermedad y de las espadas de los bárbaros, le causaba gran desasosiego el estar "derramado" constantemente por tantos y tan grandes quehaceres y penalidades<sup>25</sup>. El mismo lamento, cuando, al iniciar su pontificado, escribía a Juan, obispo de Constantinopla: "Te pido, carísimo hermano, por el Juez que ha de venir, por la multitud de los miles de ángeles, por la Iglesia de los antepasados que han sido inscritos en el cielo, te ruego

<sup>22</sup> *In Ez.* I, XI, 6.

<sup>23</sup> *Reg.* I, 5-6?

<sup>24</sup> "Qui ergo rebus temporalibus occupantur, tunc bene exteriora disponunt, cum sollicite ad interiora refugiunt", en *Mor.* V, 10. PL 75, 689.

<sup>25</sup> *Reg.* VI, 58; IX, 175.

que me ayudes con tus oraciones, tan cansado como estoy bajo el peso de la cura pastoral, para que no me opriman las cargas que he tomado y que superan mis fuerzas”<sup>26</sup>. Se lamentaba de que, en la práctica, le faltaba tiempo y acomodo para entregarse a Dios. Sin embargo, los hombres han reconocido que, de la hondura espiritual y su experiencia en el claustro, sacó fuerzas para actuar en un mundo tan sacudido y trasmitirle esperanza. Condujo la Iglesia, y además, en cierto sentido, contribuyó a la unidad y resurgimiento de la Europa convulsa.

##### *5. Diplomático en Bizancio, vuelta a Roma y elección de Pontífice*

Una vez ordenado de diácono en 579, el papa Pelagio II (578-590) le eligió para apocrisario en Constantinopla, la Capital del Imperio (antecedente de nuncio). Vivió en el palacio Gala Placidia cerca de la corte del emperador Tiberio II, pero con austeridad, junto a sus monjes, algunos llevados de San Andrés. Allí permaneció seis años.

Según parece, a fines del año 585 volvió a su anterior monasterio, pero esta vez consideró oportuno asumir el cargo de abad. De este periodo se narran algunas anécdotas que son reflejo de su talante de firmeza, como aquella del castigo severo que impuso al monje Justo, porque pretendía conservar tres sueldos de oro ocultándolos disimuladamente en la celda. Más tarde, es muy probable que ejerciera durante un breve tiempo el oficio de escritor o secretario del Papa. Cuando Gregorio se enteró de que le habían elegido Pontífice, envió cartas al Emperador por las que renunciaba al nombramiento y huyó, permaneciendo tres días escondido fuera de la ciudad, según cuenta san Gregorio de Tours. Pero el mandato o la *iussio* imperial, necesaria desde Justiniano, le sorprendió en la huida, porque el prefecto de la ciudad, Germano, había interceptado las cartas.

Quiso que sus primeros gestos al frente de la Iglesia comenzaran por su propia casa. Sustituyó el personal seglar por clérigos y monjes. En el episcopio se trabajaba diariamente con horario, reglamento y seriedad. Por lo general, prefería clérigos probados en la gestión de los asuntos eclesiásticos<sup>27</sup>. En el año 591 depuso al archi-

<sup>26</sup> *Reg.* I, 34.

<sup>27</sup> *Reg.* IX, 202.

diácono de Letrán, Lorenzo, por altanero y dominante. Había sido el segundo después del Papa. Le sustituyó por Honorato. Pero hay que aclarar que en diciembre de 590 ya se había creado y antepuesto el cargo de *vicedominus* (*vidamo*), que ocupó Anatolio, y Gregorio lo convirtió en permanente.

En su paso por Constantinopla, consiguió ganarse la amistad de la casa imperial, una amistad que mantuvo toda su vida. Llegó a actuar de padrino en el bautismo de Teodosio, el primogénito. Hubert Jedin ha observado que primero Italia (y más tarde los países europeos), se fue dando cuenta de “que al lado de la habilidad diplomática y de la representación soberana existe también la grandeza del corazón y de muy buen grado se dejó marcar durante siglos enteros por la religiosidad de Gregorio”<sup>28</sup>.

#### 6. Dolorosa enfermedad: sufridor como Job

¿Quién le iba a decir, cuando comentaba el *Libro de Job*, que él iba a padecer tanto? Venía arrastrando una salud quebradiza desde tiempos atrás. Refiere el biógrafo Juan Diácono que la madre le llevaba al convento verduras crudas para comer. Cuando el bárbaro Agilulfo (el Atila de aquellos años) estaba a punto de asaltar los muros de Roma, Gregorio sufría dolores de estómago con unos cólicos tan agudos que le hacían perder las energías y se vio obligado a interrumpir las homilías<sup>29</sup>. A fuerza de gemir, de vivir en medio de tanto dolor, decía a los oyentes con palabras de Job en su última homilía: “La voz de mi gemido me ha hecho olvidar el comer mi pan”. “Estoy atenazado por la amargura, ¿cuándo podré propinaros cosas dulces?”<sup>30</sup>. No podía leerlas y tenía que hacerlo su notario. Pero un día, en la solemnidad de Pascua, sintiéndose un poco aliviado, comenzaba con una confidencia. Decía a sus oyentes: La palabra dictada así como la leída se escuchan peor que la dicha de viva voz, con poco agrado y mueven menos. Por eso decidió, sobreponiéndose a la debilidad, pronunciarla él mismo, aunque su tenue voz sólo alcanzara a los pocos que estaban junto a él<sup>31</sup>.

Cuando confiaba sus penas a las personas de mayor afecto, se animaba a sí mismo y ellas a su vez le consolaban. En carta al obispo

28 *Manual de Historia de la Iglesia*, Barcelona 1980, 855.

29 Cf. *In Ev.* II, I, 1: PL 76, 1169; II, II, 1, 1174.

30 Cf. *In Ez.* II, X, 24: PL 76, 1072.

31 Cf. *In Ev.* II, I, 1: PL 77, 1169s; II, II, 1: PL 76, 1174.

Daciano descubría expresamente que sus consuelos le traían aliento. Pese a todo, su pena era enorme. “No es posible contarte en la brevedad de una carta cuánto sufro por dentro y por fuera”. Toda la tierra está siendo azotada por las espadas de los extranjeros. “Casi ya no tiene quienes vivan en ella, pero tiene quienes mueren diariamente”<sup>32</sup>.

En los años de pontificado, se cebaron sobre su Roma tan amada y sobre la región infortunios de todo género: peste, tormentas, riadas, inundaciones, guerra, vendavales, pérdida de alimentos... Los edificios terminaban derrumbándose de viejos y de humedad. Había momentos en que le asaltaba el presentimiento de que él iba a perecer con la Ciudad y con el mundo. En misiva dirigida al patriarca alejandrino en julio del año 600, le contaba los dolores de podagra que sufría desde hacía casi dos años<sup>33</sup>. Fueron primero los dolores de estómago; después, se complicaron con los de gota en las articulaciones. Le tenían en un continuo lamento. Él llamaba podagra a los últimos, pero quizás fueran gota con reumatismo poliarticular, complicado con una especie de calambres y fiebres que le agotaban<sup>34</sup>. A la extenuación completa precedió un periodo en que sólo se levantaba tres horas para celebrar misa solemne. Permaneció postrado un año en cama<sup>35</sup>. En febrero del 601, confiaba al obispo Mariniano que apenas podía levantarse del lecho por las fiebres y molestias que invadían todo su cuerpo hasta el punto de dejarle extenuado. Los grandes dolores le hacían suspirar por la muerte<sup>36</sup>. En el 603, año anterior al de su fallecimiento, la vida se le había convertido en un suplicio<sup>37</sup>. En una de sus cartas escribía: “Ya hace mucho tiempo que no puedo levantarme de la cama”. “Tengo el cuerpo seco como en un sepulcro, de modo que ya rara vez me puedo incorporar”. “Ni siquiera soy capaz de contarte de cuántos otros tormentos estoy afligido”. “El vivir me resulta un castigo, deseo ardientemente la muerte, porque solamente ella puede traer el consuelo a mis gemidos”<sup>38</sup>. Igual que Job exclamaba: “Me pesa haber llegado a estos días y el esperar la muerte es el único consuelo que me ayuda”<sup>39</sup>.

32 *Reg. V*, 16.

33 *Reg. X*, 14.

34 *In Ev. II*, I, 1; *Reg. V*, 53a; IX, 175. Ver Paronetto V., *Gregorio Magno. Un maestro alle origini cristiane d'Europa*, en “Edizioni Studium”, Roma [1985], 173.

35 *Reg. IX*, 232.

36 *Reg. IX*, 232.

37 *Reg. XIII*, 26.

38 *Reg. XI*, 20, 26.

39 *Reg. XIII*, 26.

Aunque deseaba terminar esta vida y alguna vez felicitaba a los familiares de un difunto porque ya estaba gozando con Dios, él luchaba por sobreponerse. El sentido del deber le impulsaba a actuar en cualquier circunstancia que se presentara. Llama la atención que, en tal estado, no se derrumbase. Superaba la enfermedad con temple espiritual y vivía atento a las necesidades de los demás y a la disciplina de la Iglesia. Pensaba en otros enfermos y los confortaba; por ejemplo, a Venancio y a su esposa Itálica. Cuando Venancio se encontraba a punto de expirar, el Papa se dirigía a las hijas, Bárbara y Antonina, para consolarlas y ofrecerles protección contra cualquier agresión de hombres malvados. Se las encomendaba a su obispo, al que escribió a la vez de otros asuntos<sup>40</sup>. A Mariniano, obispo de Rávena, que había padecido vómitos de sangre, le invitaba a venir a Roma acompañado de alguna otra persona para consulta médica y le ofrecía el episcopio para residir, en el que se le atendería con todo esmero<sup>41</sup>. En la cuaresma del 603, se volvía de nuevo a él para aconsejarle que no ayunara, pues ayunar en su situación se opone a los consejos médicos<sup>42</sup>. Una de sus últimas cartas, tres meses antes de morir, la dedicó a felicitar a la reina lombarda Teodelinda, por el nacimiento del hijo y el bautismo católico del bebé<sup>43</sup>. En enero del 604 se preocupaba del obispo de Chiusi. Por medio del de Perugia, le enviaba una túnica fuerte, pues hacía mucho frío aquel invierno<sup>44</sup>. Las últimas las escribió en marzo del 604 pocos días antes del fin<sup>45</sup>.

No cabe duda de que la enfermedad dejó huellas en sus enseñanzas espirituales. Alguien las ha visto levemente sombreadas de cierto cansancio y melancolía; pero no se puede afirmar que estén teñidas de tristeza, resulten opacas o quejumbrosas, ni tampoco que su enfermedad acortase notablemente el cumplimiento de sus compromisos. Habló con dolor del dolor, no teórico sino experimentado. Con palabras de Hocquard: "La enfermedad del gran Papa ha determinado en parte su doctrina espiritual. En todo caso ella le ha conferido ese signo de discreción, ese tono de convicción, ese carácter profundamente humano que le hacía próximo a nosotros"<sup>46</sup>.

40 *Reg.* XI, 23

41 *Reg.* XI, 21.

42 *Reg.* XIII, 30.

43 *Reg.* XIV, 12. Fue el primer príncipe católico de Lombardía.

44 *Reg.* XIV, 15.

45 *Reg.* XIV, 16 y 17.

46 Hocquard, G., *L' idéal du pasteur des homes selon S. Grégoire le Grand*, en *La tradition sacerdotale*, Le Puy (Paris 1959), 158.

### 7. *Catástrofes y guerras. Síndrome de un final próximo del mundo*

Probado como Job, tuvo que acudir anímica y materialmente, en socorro de un sin fin de calamidades. Las sucesivas irrupciones de los pueblos del Norte presionaban sobre Roma. Nunca cesaban ni guerras ni amenazas devastadoras. Crecía el presentimiento de que ya había llegado la hora para el cumplimiento de profecías bíblicas, especialmente de *Ezequiel* y el *Apocalipsis*, y algunas extrabíblicas. Las hordas de Gog y Magog habían de salir de sus escondites tras las peñas caucásicas al final de los tiempos y caerían sobre los pueblos tranquilos, indefensos, desarmados. Con el propósito de alentar a los emperadores en la lucha contra los bárbaros y, como ha sucedido siempre, con el de moralizar a los pueblos para que imploren a Dios que levante su mano, los predicadores cristianos se servían de dichas predicciones. Pero en los años de Gregorio las epidemias de peste y los desastres naturales fueron tan destructores, atenuaron tanto las conciencias, que se vivió un auténtico síndrome de fin de mundo. El papa Pelagio, cuando escribía al obispo de Aquilea y por él a los cismáticos de los Tres Capítulos y negadores del concilio de Calcedonia por consecuencia, urgía a todos a retornar a la Iglesia salvadora ante la proximidad del fin del mundo: "Mirad que urgiendo ya el fin, todo está destruido, la tierra está reducida a soledad y, por así decirlo, el devastador diluvio está inundando el mundo; y sin embargo, vuestra fraternidad huye del arca"<sup>47</sup>. En los años siguientes, los males se acumularon y el pánico crecía. El nuevo papa, Gregorio, en sus homilías, detallaba los trazos del final que había anunciado Jesucristo y se apoyaba también en palabras de san Pablo: *Nos hallamos al final de los siglos (I Cor. 10, 11)*. Gregorio no hablaba de Gog y Magog. En tiempo de san Agustín, se habían sufrido ya las primeras invasiones y las gentes comenzaron a temer los azotes del final. En el c. IX del comentario al *Apocalipsis*, contra quienes identificaban a los bárbaros de fuera del Imperio con Gog y Magog, el obispo de Hipona afirmaba que éstos simbolizan pueblos indeterminados extendidos por todo el mundo. San Gregorio sí entendía que las señales profetizadas habían comenzado a cumplirse. En la Roma de finales siglo VI, quedaban unos pocos miles de romanos, pero muchas hambres y muchas muertes; se contaban por miles los que habían perecido, los cautivos y los que escapaban presos del pánico. Las familias patricias huían a refugiarse en Constantinopla o en Sicilia. El Pontífice clamaba con angustia: Ya no queda

47 *Reg. Appendix III, 3. Cf. Ez. 38 y Apoc. 20, 7ss).*



ni un poderoso ni un valiente. Esto que afirmamos de Roma, “sabemos que ha sucedido a todas las demás ciudades del mundo, pues unos lugares han quedado desolados por la mortandad, otros han perecido bajo el filo de la espada, otros han sido atormentados por el hambre y a otros se los ha tragado la tierra”<sup>48</sup>.

El año 589 marcó el punto álgido de las desgracias. Diluvió sobre Roma y aparecieron las riadas e inundaciones. El Tíber se desbordó, derribó los muros y arrasó los graneros con la pérdida de los cereales y alimentos para los pobres, provenientes de las rentas del patrimonio pontificio. Los viejos edificios terminaban por derrumbarse a causa de la humedad, las bestias se ahogaban y los cadáveres se amontonaban putrefactos sobre el barro. A estos males sobrevino el terrible azote de la peste inguinal, cuyo foco inmediato posiblemente fuera una nave fondeada en el puerto de Fiumicino. Procedente de Asia, la peste negra ya había hecho su aparición a mediados del siglo asolando de modo intermitente Italia, España y una buena parte de Galia hasta el Rin. En la costa adriática de Piceno hubo hasta 50.000 muertos. Ahora, el papa Pelagio II es alcanzado por ella y muere a mediados de febrero del 590 y, según testimonio de Pablo Diácono, con él miles de romanos. La peste, cuarto caballo del *Apocalipsis*, aterrorizaba a las muchedumbres, que esperaban resignados el final. Se reunieron los clérigos, los senadores y el pueblo y, por unanimidad, eligieron papa a su antiguo guardián, a Gregorio. El 3 de septiembre era consagrado. En la primera de sus homilías eligió las palabras de Cristo del evangelio de *Lucas* (21, 25-33) para hablar del fin del mundo. El fin se avecina, decía, el juicio está cerca. Muchos signos lo indican. Unos han sucedido ya, otros sucederán en seguida. Se levanta pueblo contra pueblo, las gentes viven consternadas más aún de lo que se lee en el libro sagrado. Terremotos por doquier. Pronto veremos la conmoción del sol, la luna y las estrellas. Pestilencias sin cesar. “Antes que Italia cayera en manos de los gentiles, vimos ráfagas de fuego, cual si relampagueara la misma sangre humana, que se iba a derramar después”<sup>49</sup>. Al mes siguiente, en octubre, escribía a su amigo Narsés, patricio de Constantinopla: “Triste es todo lo que veo, y todo lo que sería consolador resulta lamentable en mi corazón”<sup>50</sup>. La fe ya ha doblegado a los gentiles, ya ha sido abatida la gloria del mundo, y éste, con su ruina progresiva, anuncia que se acerca el día de su severo juicio<sup>51</sup>. El Papa esperaba anhelante un evento anunciado,

48 *In Ez.* II, VI, 24; *In Ev.* II, XVI, 2.

49 *In Ev.* I, I, 1.

50 *Reg.* I, 4.

51 *In Ev.* I, V, 1.

que tendría que suceder antes del final: la conversión de los judíos. Veía próximo ese momento, a todos atraía y trataba con preferencia a los convertidos, pero nunca dejaba de estar alerta.

La epidemia siguió su curso. Se organizó una procesión en Roma para pedir perdón y socorro. En ella cayeron fulminadas unas ochenta personas, según el diácono de Tours. Pero hay que precisar con los epidemiólogos que es de admirar no hubiera más muertos. Después la recordará en otra homilía: “Esa peste que hace poco ha arrebatado a gran parte de la población de esta ciudad”<sup>52</sup>.

En el 593, cuando el bárbaro Agilulfo amenazaba dar el salto sobre la ciudad, el Pontífice se encontraba desolado: “Todos lo estáis viendo, han aumentado nuestras tribulaciones, las armas nos cercan por todas partes, por doquier tenemos inminente el peligro de la muerte; los unos vuelven a nosotros con las manos cortadas; se nos anuncia que otros han quedado prisioneros y otros muertos”<sup>53</sup>. “Viendo estamos cuál ha quedado Roma, la misma que en otro tiempo parecía señora del mundo: quebrantada multiplicadas veces con inmensos dolores, con la desolación de sus ciudadanos, con los ataques de sus enemigos y las frecuentes ruinas...”. Roma, la señora del mundo, se resigna a morir. “¿Adónde está el senado, adónde ya el pueblo?” [...] “Todo género de dignidades seculares se han extinguido en ella [...] y a nosotros, los pocos que quedamos, todavía nos cercan a diario las armas y a diario nos rodean tribulaciones sin cuento”. El Papa seguía sumido en su aflicción o, como él prefería decir, en la paciencia, que es la “raíz y guardiana de todas las virtudes”<sup>54</sup>. Igualmente se lamentaba en *Los Diálogos*: “Vemos en esta ciudad demolidas las murallas, arruinadas las casas y las iglesias destruidas por los huracanes; además contemplamos cómo se vienen al suelo los edificios bajo la acción inexorable del tiempo, cual si estuvieran cansados de tan larga vejez”<sup>55</sup>.

“Afligidos, oprimidos, presos, hemos perdido todos los bienes que poseíamos en este mundo. Estamos viendo destruidas las ciudades, talados los campos, demolidas las iglesias”<sup>56</sup>. Y en discurso posterior, pasado el verano, insistía en el cumplimiento de las señales

52 *In Ev.* II, XVIII, 16.

53 *In Ez.* II, X, 24.

54 *In Ev.* II, XV, 4. “Doquiera vemos llanto, doquiera oímos gemir; las ciudades destruidas, deshechos los campamentos, los campos desiertos, desolada ha quedado la tierra, no hay quien cultive los campos, apenas si ha quedado algún habitante en las ciudades”. *In Ez.* II, VI, 22.

55 *Diál.* II, 15.

56 *In Ez.* I, IX, 9.

evangélicas anunciadas por Cristo. El estío se ha convertido en lluvias invernales<sup>57</sup>. “Hace tres días habéis visto, hermanos, cómo por una repentina tempestad, añosas alamedas han sido arrancadas de cuajo, casas destruidas e iglesias demolidas desde sus cimientos”. Antes el mundo era joven y pasó por su periodo de opulencia; pero ahora, “con la progresión de sus dolores, el mundo camina como a su muerte próxima”<sup>58</sup>.

Llegado el mes de junio del 601, aclaraba un poco su presentimiento, porque parecía diferir el final para algo más tarde. El final no era inminente. Se lo escribía al rey Etelberto de Inglaterra poco antes de pedir éste el bautismo: “Acercándose el término del mundo, nos amenazan muchas cosas que antes no se dieron: cambios atmosféricos, terrores del cielo y tempestades contra tiempo, guerras, hambres, pestes, terremotos por diversas tierras. Estas cosas, sin embargo, no van a venir todas en nuestros días, sino que continuarán después de nuestros días”. Todo sucederá poco a poco para que estemos preparados<sup>59</sup>. En diversas ocasiones se refugiaba para consolarse en la proximidad de su propia muerte y la del mundo. Y lo mismo hacía para ayudar a los atormentados por desgracias y enfermedades. Por ejemplo, tenía que confortar al obispo de Cartago porque la peste había pasado al África<sup>60</sup>. Y siempre, en medio de las calamidades, animaba al pueblo a mejorar su vida y a mantenerse en vela.

## CONCLUSIÓN

A san Gregorio se le dibujó con el Espíritu Santo en forma de una paloma en actitud de susurrarle al oído notas musicales y palabras. Es decir, se ha querido indicar que fue persona a quien movieron los criterios de fe. En el libro de los *Diálogos*, se manifestaba “con la confianza de un infante”, a la espera del milagro que reanimara las ruinas del Imperio y aventara las tormentas. Confiaba en la ayuda poderosa de Jesucristo, que sigue obrando en sus santos y por medio de ellos. El gran Totila a los pies de san Benito es el símbolo de esa fuerza sobrenatural. Pedro, el interlocutor, habiendo quedado impre-

57 *In Ev.* II, XV.

58 *In Ev.* I, I, 5. “El mundo se arruina y nosotros, porque todavía le amamos, nos aferramos a él [...] Fácil es, por tanto, apartar nuestro corazón de su amor ahora cuando vemos todo destruido” (cf. *In Ev.* I, 4, 2).

59 *Reg.* XI, 37.

60 *Reg.* X, 20.

sionado por los maravillas que narraba el Papa, le hacía exclamar: “Estamos en grandes tribulaciones, pero los milagros admirables que me cuentas prueban que no estamos abandonados por el Creador”<sup>61</sup>.

El juicio completo sobre quienes han vivido tan intensamente la fe supera la dialéctica meramente humana. Ésta se queda corta, si es que no deforma la verdad. Gregorio era persona experimentada, reflexiva y práctica; y precisamente por serlo, enseñó que lo primero que ha de hacer todo hombre es situar a Dios en la cima y ponerse en camino hacia él. La fe inicia, dispone a la obra y la obra retorna a la fe. Gregorio hablaba de la contemplación que impulsa al cumplimiento del plan terreno como ascética que reordena a la contemplación. “El que se ejercita en esta vida tanto cree cuanto espera y ama, y tanto obra cuanto cree, ama y espera”. “Una mente piadosa, cuanto más se levanta en la contemplación divina, con mayor entrega se extiende en la buena obra”. Teología de la vida: valor del mundo interior como ámbito en que se fraguan el pensamiento y la acción que Dios quiere<sup>62</sup>.

Salió de este mundo el 12 de marzo del año 604, hace 1.400 años. Y su tumba se colocó en San Pedro en el altar de la capilla Clementina, cerca de la entrada del *Secretarium*. Unos versos del epitafio le recordarán siempre como el *cónsul de Dios* en la tierra: “Consul Dei factus”.

Paradojas de la historia: en un periodo aciago vivió un hombre tan gravemente enfermo que suspiró por su propia muerte y la unión con Dios, entonó la oración fúnebre por el óbito de Roma y vio cercano el del mundo. (Paralelismo con Jesucristo, que también predijo su próxima muerte, la de Jerusalén y la del mundo.) El místico todo lo ve próximo, sin tiempo, y una fuerza espiritual tira de él hacia una conversión progresiva. San Gregorio Magno fue uno de los que más contribuyeron con su vida y enseñanza a fundamentar una nueva época histórica. Por ello, al cumplirse el XIV Centenario de su fallecimiento, bien merece que los cristianos tributemos un agradecido homenaje a quien marcó un gran hito en la transmisión de la fe, y Europa, a uno de sus primeros constructores.

61 *Diál.* III, 30: PL 77, 292.

62 2 *In Ez.* II, X, 17. *In Canticum Cantorum expositio y Commentarium in I librum Regum*, 65ss, 90ss, en ed. Verbraken, CC 144, Tournholt 1963. Cf. Sobotka, Ks. Pawel, *El camino del hombre hacia Dios, según San Gregorio Magno*, Burgos, Facultad de Teología (extracto de tesis doctoral 1994), 1997, 107s.